

18. Evangelizar: la misión de todo cristiano

«El reino de Dios ha llegado a vosotros»

(Lucas 10,9)

Texto bíblico

Designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: «La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os envió como corderos en medio de lobos, No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: “paz a esta casa”. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis caminando de casa en casa.

Si entráis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: «El Reino de Dios ha llegado a vosotros”. Pero si entráis en una ciudad y no os reciben, saliendo a sus plazas, decid: “Hasta el polvo de vuestra ciudad, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos

sobre vosotros. De todos modos, sabed que el reino de Dios ha llegado”» (Lucas 10,1-11)

Para ir a fondo

Jesús hace camino hacia Jerusalén, deja su tierra de Galilea y va a cumplir su destino. Atraviesa la región de Samaria y allí no lo quieren acoger precisamente porque sube a la ciudad santa. Decide enviar por delante suyo a sus emisarios, que tienen como misión anunciar la buena nueva de la llegada del Salvador: son los setenta y dos que Jesús envía a los pueblos donde tiene previsto ir.

Es el primer anuncio de la presencia del Señor: pronto vendrá a visitar aquel pueblo y hablará del Reino de Dios que está empezando. Estos primeros enviados son una muestra de la primera Iglesia que inicia la evangelización. El trabajo es mucho. El texto lo compara con una «mies abundante», y los obreros llamados son pocos. La llamada tiene condiciones: dejar las cosas que nos pueden distraer (bolsa, alforja...), dedicación exclusiva (no saludéis a nadie...), decisión y valor (ovejas entre lobos...), confianza (quedaos en la misma casa...), sencillez (comiendo y bebiendo de lo que tengan), trabajo (anuncio de lo que viene, Jesús), aceptación de la voluntad de Dios (no andéis cambiando...).

El don de Dios lo reciben tanto los que lo anuncian como los que lo escuchan, y se expresa de distintas maneras: en la paz que se transmite, en los milagros que curan, en la alegría de la buena nueva anunciada. «El Reino de Dios ha llegado a vosotros».

Para los sordos a la llamada la realidad es diferente:

pierden la oportunidad de abrirse a Dios y a recibirlo en su vida, y optan por permanecer en su vida pequeña, en la oscuridad, encerrados en sí mismos. A pesar de esta elección los discípulos no les niegan el anuncio: el Reino de Dios está cerca.

Este texto es precioso y muy clarificador para los que sentimos la llamada de Jesús a seguirle. Si echamos un vistazo a nuestro alrededor, a nuestro pueblo, ciudad o comarca, vemos una situación parecida. Muchos jóvenes como nosotros no saben que el Señor viene a visitarlos. Nosotros somos los encargados de hacer este anuncio. Cada cristiano, por el bautismo, es enviado a evangelizar. No necesitamos grandes preparaciones, ni equipajes pesados o bien grandes estudios. Jesús nos invita sencillamente a ponernos en camino, a dirigirnos a las personas que nos rodean, a hablar y convivir con todos. Será nuestro testimonio de vida y de fe lo que será efectivo. Se trata, pues, de despertar, regar y hacer crecer aquella pequeña semilla de fe que Dios ha plantado en nuestro interior.

Para vivirlo

1. ¿Somos conscientes de que Jesús nos envía también a nosotros?
2. ¿Con qué instrumentos contáis ahora para realizar vuestra misión? (Experiencia en revisión de vida, estudios, conocimientos bíblicos...).
3. Cuando estamos con otros jóvenes de nuestro entorno, ¿damos testimonio de nuestra fe?
4. ¿Anunciamos, con nuestra vida y con nuestro testimonio, que somos cristianos comprometidos?

Oración

Ayer, Señor, sentí que mi boca era la tuya,
que mi testimonio surgía y se esparcía.
No fue difícil hablar con los de mi alrededor,
con los amigos, con los compañeros de trabajo o de
estudios.

Hoy, Señor, he sentido que mi boca es la tuya.
He hablado con jóvenes que no conocía, eran de otro
pueblo.
Me han pedido mi testimonio y se lo he dado.
La semilla que tú has sembrado la he visto en sus ojos.

Mañana, Señor, mi boca será tuya.
Me llamas a dejar mi grupo de toda la vida,
a iniciar un nuevo camino lejos de los amigos.
Que mi paso siga firme y que tu voz me guíe.